

## La etnología amazónica al alcance de todos

Oscar Calavia Sáez

Universidade Federal de Santa Catarina, Florianópolis, Brasil

La Amazonía tuvo un lugar marginal en la expansión española en América. Ajena a los principales teatros de las leyendas áureas o negras, le ha cabido una parte aún menor del espacio ya en sí reducido que la cultura y la ciencia españolas han reservado al Nuevo Mundo. Lástima, porque la historia hispano-americana muestra algunos aspectos inéditos cuando se la mira desde sus márgenes; lástima, también, porque la Amazonía es actualmente un foro esencial en la reflexión sobre la diversidad humana, sobre la relación entre hombre y naturaleza, sobre los distintos caminos de la historia.

Pero son raros, muy raros, los estudios de historia o la etnología amazónicas que se pueden encontrar en las bibliotecas o las librerías españolas. Sus autores escriben en general en otros países y otras lenguas; las traducciones al castellano, debidas a algunas valientes editoras de países de la cuenca amazónica –muy especialmente la ecuatoriana Abya-Yala- son escasamente distribuidas en España. Estamos muy lejos de la selva.

¿O no? Un único autor se aventura repetidamente en ese desierto. Carlos Junquera Rubio ha publicado en los últimos años una serie de volúmenes dedicados a la Amazonía, empezando con *Aspectos sociales de una comunidad primitiva: los indios harakmbet de la Amazonía peruana y El chamanismo en el Amazonas* (ambos editados en 1991 por la editorial Mitre, de Barcelona), siguiendo con *Indios y supervivencia en el Amazonas* (Salamanca Ed. Amarú, 1995) y con *Minorías amenazadas en un mundo global. Territorio, lengua y cultura en el Amazonas*, editado en 2004 por Eunate, Pamplona. También publicado por Eunate, ha llegado a las librerías en 2005 *Fray José Pío Aza. Misionero, geógrafo, filólogo, historiador, etnólogo y antropólogo en el Amazonas*. Una evaluación completa de esta notable producción –acompañada, además, por una nutrida serie de artículos y ponencias sobre esos y otros temas- sería tarea demasiado vasta, de modo que me referiré aquí al penúltimo libro citado, *Minorías amenazadas...* ante la cual el prologuista, sin escatimar admiración, evoca la obra lingüística de Hervás y Panduro. El libro trata, en efecto, de las lenguas indígenas amazónicas, postulando que la salud de estas se entienda como eje de la supervivencia social y cultural de sus hablantes. Sus principios teóricos y morales se afirman con una repetida alusión a Franz Boas –un símbolo del rigor etnográfico y la ambición teórica- y por otra parte al necesario compromiso de los antropólogos con los pueblos sobre los que escriben.... “no se trata solo de recoger datos, sino de procurar que quienes los gestan sigan con vida y evolucionen según las tradiciones heredadas de sus mayores” (p.50). Boas puede estar satisfecho. Para su empresa Carlos Junquera cuenta, según él mismo nos informa, con años de experiencia: “el hecho de poder convivir durante años en el bosque tropical amazónico, es algo que me ha permitido tener contacto con varias etnias, investigar su problemática real y cotidiana”(p.46). Una declaración modesta, en vista de su impresionante palmarés de investigaciones: en los Andes chilenos,

en los Andes centrales peruanos, en la Amazonía boliviana, peruana, y ecuatoriana y en los territorios del noroeste de Canadá (todos ellos origen de textos publicados por el autor, y catalogados en la bibliografía del libro). Pero también una declaración un tanto vaga. Aunque Carlos Junquera tenga especial cuidado de mostrarse en las fotografías del libro, surcando las aguas de un río en los años 70, posando con yaguas *salvajes*, vestidos tan a carácter como el autor, o, a la paisana, apoyando el movimiento indígena contra el presidente Fujimori, o simplemente mirando a la cámara junto a tales o cuales nativos, no queda claro qué entiende por trabajo de campo (un concepto, ¡ay!, tan elástico). Se deja a la fantasía del lector dirimir cómo, dónde, durante cuánto tiempo, a lo largo de esos años, se ha realizado ese trabajo. Poco o mucho, al parecer sobra: no ha legado al libro muchos más datos que las fotografías ya citadas. Unos cuantos nombres de grupos, algunas informaciones de dominio público. Dos listas de palabras con sus equivalentes en español, sin contexto, sin datos sobre el lugar o el modo en que fueron recogidas, y sin ninguna función reconocible en el argumento central del libro. Éste, hay que reconocerlo, es irrefutable, y repetido hasta que pueda captarlo el público más obtuso: los pueblos indígenas tenían o tienen lenguas propias, que de un modo u otro van siendo substituidas o alteradas por la presión de las sociedades nacionales sudamericanas, comprometiendo su continuidad y su diferencia. Nada de hipótesis extravagantes, y en su lugar una sólida directriz epistemológica: “Lo que pretendo manifestar ya es que la claridad en las ideas autoriza a excluir cualquier duda respecto de su empleo” (p.188).

Por lo demás, libre de toda esa ganga etnográfica que suele empañar la claridad de las ideas –datos contextualizados, fechas, censos, descripciones concretas o las inevitables anécdotas de trabajo de campo- el libro tiene espacio para ofrecernos un panorama general del mundo amazónico inspirado en una muestra estocástica de autores, cuyos datos son seleccionados y reproducidos de modo no menos estocástico. Desde Brasil, y por dar un ejemplo, me alarma saber que “la construcción de dos carreteras, la Transamericana y la Cuiaba-Santarem, favorecieron la extorsión de más de 10.000 familias y casi ha dejado en la extinción la introducción de enfermedades a tribus como Araba, Parkana, Kreen Akroare y Txucurrai” (p.25) y sólo me tranquiliza pensar que Junquera se esté refiriendo a la Transamazónica, a los Arara, los Parakanã, los Kren-Akarore y los Txukarramãe, felizmente repuestos de un episodio que ya dejó sus señales hace más de treinta años. Los hermanos Vilas-Boas, envueltos desde 1943 en un trabajo indigenista que daría lugar al Parque del Xingú, organizado mucho antes de su sanción presidencial en 1961, también se sorprenderían de leer que “en 1969, tres hermanos nacidos en Brasil, ...persuadieron al gobierno de que creara un parque...” (p.25). Catalogar aquí los errores, erratas o inexactitudes del libro sería una tarea imposible y, reconozcámoslo, timorata: la grafía de los etnónimos indígenas es muy caprichosa, diez o treinta años antes o después, dos mil kilómetros más al este o al oeste no afectan al meollo del libro, que se encuentra en niveles teóricos y éticos más elevados. Habiendo estado en tantos lugares, y teniendo siempre lo mismo para decir sobre cada uno de ellos, Carlos Junquera aúna el poder de generalización de los grandes teóricos y la movilidad extrema de los turistas postmodernos. Y lleva a una

solución final algunas cuestiones que han hecho gastar demasiada tinta en la antropología contemporánea.

Por ejemplo, la de la autoridad etnográfica, ese recurso al “yo estuve allí” que sirve para acorazar contra cualquier duda las aseveraciones y especulaciones del autor. En los textos de Junquera, ese “yo estuve allí” –en imágenes y no en palabras- no se necesita para legitimar descripciones tan inexistentes o para reforzar argumentos tan incontrovertibles: de modo mucho más elegante, sirve para demostrar simplemente que él estuvo allí (un detalle nada trivial, como veremos). Por ejemplo, también, la de la identidad y la etnicidad, sobre el cual tal vez se haya escrito demasiado. Muchas páginas de prolija teoría podrán evitarse tras comprobar que Carlos Junquera ya ha cortado limpiamente ese nudo gordiano:

“De lo expuesto hasta aquí podemos sacar la siguiente conclusión previa: la realidad de una etnia depende de dos rasgos imprescindibles, que a su vez están interrelacionados y que son, la presencia de interacción con otro u otros grupos y la existencia de una identidad étnica o etnicidad”. (p.188)

¿Por qué reseñar un libro de esta índole? Si cualquier lector puede juzgar sin necesidad de comentarios, lo mejor que un especialista puede hacer es evitárselos. Pero ocurre que un contexto más amplio puede realzar su interés. En 1994, los redactores del *Journal de la Société des Américanistes* (en su vol. 80, página 279) y varios etnólogos franceses (JSA, vol. 81 de 1995, páginas 301-312) afirmaron que el libro de Carlos Junquera *El Chamanismo en el Amazonas*, publicado en 1991 (y vinculado a su tesis doctoral, aprobada en 1989 por la Universidad Complutense de Madrid) era un plagio de la obra de Jean-Pierre Chaumeil *Voir, Savoir, Pouvoir* publicada en 1983 (y oriunda de una tesis doctoral defendida en 1982 en la EHESS de Paris). Los Yagua de Chaumeil (al norte de la Amazonia peruana), se habían convertido en los Harakmbet (o Harakmbut) de Junquera (al sur de la Amazonia peruana), sin necesidad de muchos ajustes. Como ya pudimos comprobar, el doctor Junquera prefiere los panoramas amplios a las descripciones locales y probablemente estima que las diferencias entre unos indios y otros no son de grande monta. Así, contraatacó acusando a su vez a Chaumeil de haberle usurpado una Memoria inédita guardada desde 1978 en la biblioteca del convento de Santa Rosa, en Lima. Al no encontrarse huellas de ese texto ni en los anaqueles de esa biblioteca ni en la memoria de sus custodios, presentó una serie de cuadernos manuscritos –no cuadernos de campo, sino un texto elaborado- que constituirían el borrador de la Memoria. Una comisión de la *European Association of Social Anthropologists*, después de una larga investigación que incluyó análisis de los diversos textos y una visita a los lugares en que la investigación de Junquera se habría llevado a cabo, dio la razón al autor francés, constatando que Junquera había perpetrado un plagio extenso y literal.

El parecer de la comisión es detallista. Se ocupa de las evidencias internas de los textos, los compara, coteja las aseveraciones de Junquera a respecto de los Harakmbut con el resto de la bibliografía disponible (lo que Junquera dice

haber visto diverge claramente de lo que todos los otros vieron), y, en fin, relata los pocos o nulos ecos del paso de Junquera que pudieron identificar en una visita a las aldeas Harakmbut. Apunta indicios de que la obra podría también contener plagio de una larga lista de otros autores, en particular (pero no sólo) especialistas en el mundo Harakmbut como Mario Califano y Andrew Gray – miembro de la comisión- cuyos datos podrían haber colaborado para acomodar a los yagua en su nueva identidad.

Detallar todos esos argumentos sería prolijo e innecesario: pueden ser consultados en una reseña publicada en la época por Jean Pierre Goulard (*Amazonía Peruana*, 25: 210-218, oct. 1995 Lima; republicado en el *Anuario de Estudios Americanos*, LII-2, 1995, Sevilla) y en los números 9 (marzo de 1995, páginas 121-123) y 10 (octubre de 1995; páginas 187-201) de la extinta revista *Antropología*, editada entonces en Madrid por el *Grupo Antropología*. Junquera procesó a los responsables de aquella revista, por difundir previamente las denuncias. Los acusados fueron absueltos, y ninguna otra medida fue tomada desde entonces en relación con el caso. A no ser por parte del propio Junquera, que sigue presentándose como agraviado, exhibiendo sus cuadernos inéditos, y que recientemente va dirigiendo sus intereses de investigación hacia los propios Yagua.

El autor de estas líneas nada nuevo tiene que decir sobre la controversia; si acaso, y a la espera de que consiga probar su versión de los hechos, lamentar que Carlos Junquera no haya conservado en su obra reciente el modo de escribir bastante más claro y enjundioso que antaño habría reservado a sus manuscritos inéditos: verdad es que la insustancialidad es una defensa infalible contra el plagio. Pero resulta admirable que prácticamente nadie, ni la propia Universidad Complutense, ni el Ministerio de Educación, ni el medio científico y editorial español hayan tenido tampoco nada que decir. De hecho, lo que han hecho es aún más admirable: Carlos Junquera es desde hace unos años profesor titular de escuela universitaria, ejerciendo en el departamento de Prehistoria y Etnología de la Universidad Complutense de Madrid. Es miembro del CEMIRA - Centro Complutense de Estudios sobre Migraciones y Racismo. Participa asiduamente en cursos de verano, simposios y seminarios. Para todo ello, podemos presumir, ha contado con el aval de personas autorizadas que, o están convencidas de su inocencia a partir de pruebas no divulgadas, o consideran que plagiar a un ciudadano francés es un disculpable acto de patriotismo, o estiman que el plagio de una tesis doctoral no impide que su autor sea un profesor capaz, un investigador fidedigno y un vocal autorizado en discusiones sobre derechos indígenas. Sea como sea, el caso Junquera sugiere que el mundo académico español podría ser para los etnólogos un objeto de estudio tan incitante como los que se pueden encontrar en las remotas selvas: no le faltan ideas exóticas sobre la producción del saber, ni fidelidad a luengas tradiciones de corporativismo y falsificación.

Pero hay algo más que aconseja llevar un paso más allá esta reseña: la etnología amazónica de Carlos Junquera, poco leída por el reducido círculo de los americanistas españoles –y menos aún allende Pirineos- es la etnología amazónica de la que dispone cualquier lector que vaya a una librería o una biblioteca en busca de información en castellano sobre ese particular. Goza de

un cierto estatuto de ciencia normal. A fin de cuentas, el doctor Junquera detenta responsabilidades docentes, y hay indicios de que está creando escuela. La misma editora que publicó el libro sobre lenguas amazónicas antes descrito publicó también en 2005 *Mito y chamanismo en el Amazonas*, de Juan Carlos Ochoa Abaurre, colaborador eventual de Carlos Junquera. Si presenciáramos el despuntar de una escuela, cabría preguntarse por sus características. Su marca registrada sería, desde luego – a juzgar por el libro de Ochoa Abaurre- la metodológica. El mismo cuidado de evitar al lector todo y cualquier exceso de detalle y contexto, y sobre todo las mismas inclinaciones discursivas. Así, la constante preocupación acerca de la identidad, conjugada, por una paradoja demasiado común, con un tipo de descripción que se desliza como por una pista de hielo sobre la diversidad del universo descrito: el *indio* es, el *indio* piensa, y en suma el *indio* preserva su identidad siendo enfáticamente idéntico. Así también la reiteración de ese tipo de discurso ético que, a fuerza de anorexia intelectual, ha llegado a parecerse con el discurso clásico de la izquierda: hay que dejar de pensar el mundo para transformarlo, lo que es mucho más llevadero cuando el mundo ya está suficientemente pensado desde hace varios siglos. Las novedades corren por cuenta de una predicación *new age*, con profusión de espiritualidad indígena, creencias ancestrales, sabiduría natural y una saludable distancia de las perplejidades y lepras modernas que nos hacen confiar en que el indio sea, a fin de cuentas, un portador de valores eternos.

El amazonismo español a nuestro alcance en la estantería más próxima no deja de tener sus peligros. Después de haber sido rotulados como fieras salvajes, pueblos sin historia o víctimas del medio ambiente incapaces de civilización –denuestos que no dejaban de encerrar alguna contrapartida estimulante- los indios amazónicos son retratados ahora como filisteos cuyo patrimonio vital e intelectual puede ser resumido a una combinación de generalidades, buena voluntad y perogrulladas. Si algún futuro tienen en ese mundo globalizado será porque tienen que decirnos mucho más que eso, aunque tengan que hacerlo en portugués, francés o inglés.

### **Post-Scriptum**

Carlos Junquera Rubio –es lo que me obliga a este post-scriptum - ha puesto en las librerías una “segunda edición corregida” de su libro “El chamanismo en el Amazonas”, impresa en Lima (Juan Carlos Mogollón Bustamante, editor; 2006), respetando, como él dice “hasta los errores gramaticales” (p.9) de la primera edición, pero enriqueciéndola con una nota aclaratoria en que da su versión de la controversia. Podemos imaginar que viene a responder, ante el público peruano, a los breves párrafos que Chaumeil dedica a su denuncia de plagio en el prólogo de la traducción al español de *Ver saber y poder*, publicada en Lima en 1998 por el CAAAP. Es de temer que ese cóctel de afirmaciones sin prueba y de relatos a medias pueda seducir a lectores ajenos a la contienda.

En efecto, Junquera se presenta como víctima de la saña y la mala fe de la comisión que analizó su caso, y de los colegas españoles que –¿malos españoles?- secundaron la conjura ultrapirenaica en la revista *Antropología*. En

su mayor parte, presenta los argumentos ya conocidos desde el contencioso de 1995. Como nadie pone en duda que el libro de Chaumeil, de 1983, y el libro de Junquera, de 1991, sean muy parecidos y en buena parte idénticos, invoca aquella Memoria perdida y nunca hallada en el convento de Lima, y esa serie de cuadernos preparatorios, en su poder (supuestamente desde 1978) de los que reproduce en facsímil dos páginas. En particular, señala detalles de la primera (y, espero, de los segundos) que no aparecen en su libro de 1991, pero sí en las ediciones francesa y castellana del libro de Chaumeil. “¿Curioso?” nos pregunta en la página 13, como si tuviésemos a mano la Memoria o al menos algún indicio de que los cuadernos preparatorios no son una muestra más de su abundante producción post-1991. Esa triangulación ya había sido hecha por la comisión de la EASA, con un resultado poco airoso para las tesis de Junquera, cuando muestra, por ejemplo, que en algunos detalles irrelevantes (cifras o fechas circunstanciales) el libro de Junquera coincide con el de Chaumeil... pero no con los cuadernos del propio Junquera. ¿Curioso?. En una de las dos páginas de sus cuadernos que Junquera reproduce en el prólogo a la nueva edición, encontramos otra curiosidad. Dice así el segundo párrafo del manuscrito reproducido en la página 16: “Estos habitantes, incluso con la misma autoridad que los espíritus de los vegetales y los animales, son susceptibles de convertirse en auxiliares. Algunos, de entre ellos, **son rebuscados particularmente**, pues están dotados de poder...” Para cualquier hablante nativo del castellano, encontrar “rebuscados” en esas funciones de participio resulta extraño. Hace mucho tiempo que “rebuscado” se ha especializado como un calificador peyorativo, que equivale a alambicado, artificial, cursi, y que no encaja bien en la frase citada. Alguien podría pensar que se trata de una traducción descuidada de un término francés, *recherché*, que no tiene esas connotaciones y se suele encontrar, él sí, en funciones de participio. Un detalle insignificante en una página, pero que nos deja con ganas de examinar otras. Quizás Junquera debería celebrar, a fin de cuentas, que los examinadores de la EASA hayan sido poco sensibles a esos matices: en su texto, los galicismos pueden ser mucho más que una cuestión de estilo.

Pero la novedad del prólogo está fuera de los textos. Por un lado, incluye insinuaciones graves contra los misioneros-etnógrafos dominicos Joaquín Barriales y sobre todo Ricardo Álvarez (autores de quienes se puede asegurar, como mínimo, que han escrito sobre lo que conocen). Según Junquera, ambos habrían leído su Memoria en 1979 –cuando Junquera aún pertenecía a la Orden- y, aunque no hayan desmentido públicamente sus explicaciones, tampoco las han confirmado. Especialmente Ricardo Álvarez, como responsable de la biblioteca de Santa Rosa, habría cometido la vileza de divulgar el original dejándolo después perderse (a fin de cuentas, habiéndose doctorado en París, se le pueden sospechar nocivas afinidades con Chaumeil...).

Por otro lado, Junquera relata –y documenta con fotografías- sus recientes visitas a los Harakmbut, en las que han recordado juntos “los viejos tiempos”, y el autor se ha dedicado a recorrer las comunidades “detectando los cambios sociales” y la perniciosa influencia de las minas de oro (p.11).

Pero lo más notable, y grave, de la argumentación de Junquera es su relato de una entrevista mantenida con Alberto Prohaño (Proaño, en la grafía de Junquera), yagua, uno de los principales informantes de Chaumeil. A diferencia de los encuentros con los Harakmbut, al parecer realizados en la intimidad, la entrevista con Prohaño contó con la presencia de numerosos testigos (cinco son citados), y fue además grabada en video (p.14). Ante tal tribunal, Prohaño –que en el libro de Junquera de 2004 (p.193) era acusado de ejercer un “poder tiránico” sobre sus vecinos - negó, siempre según Junquera, ser ayahuasquero: “lo único que hace es expulsar humo de tabaco sobre quien se lo solicita”, y manifiesta que los dibujos y los textos que el libro de Chaumeil le atribuye fueron hechos a partir de otros que Chaumeil le había llevado ya listos (tomados, podemos suponer, de la invisible Memoria). No sé si Junquera sabe o no sabe que inquirir a un individuo delante de una junta sobre sus actividades chamánicas (eventualmente reputadas como maléficas y premiadas con la muerte) no es el modo más fiable de obtener la verdad, pero sin duda ese vídeo, que quizás alguna vez podamos contemplar, es un documento notable de los presupuestos éticos o metodológicos de su autor. Dado el tenor de las acusaciones, es probable que vaya a parar, con toda una larga documentación accesoria, a los tribunales. Quienes conocen de cerca el caso no tendrán muchas dudas sobre el fallo.

Pero, sea cual sea el resultado, las tesis de Junquera tal vez sigan teniendo a su favor dos factores: la verbosidad con que las propaga y la sospecha muy común de que siempre hay tramas ocultas persiguiendo a los justos. Precisamente por eso podemos lamentar que toda esta disputa se tenga que centrar en pruebas y contrapruebas, que pueden desorientar al público profano, en lugar de fijarse en la evidencia más meridiana, a saber las obras que, sin contestación, corresponden respectivamente a Junquera y a Chaumeil. Las de este último son un conjunto enjuto y especializado donde, a la par de datos de campo bien situados, podemos encontrar el proceso intelectual que lleva a las indagaciones y a las preguntas. Las del primero –valga como botón el libro reseñado en las páginas anteriores- son una amalgama errática de lugares comunes en que los datos etnográficos parecen caer (digamos) del cielo.